

El tungsteno (1931)

El precio del metal

Noelia Benza Flores

¿Así es que usted cree que la fuerza de un hombre, su valor, ha sido creada para invertirla en echar abajo a otro hombre?... ¡Magnífico! A mí me parecía que el valor de un individuo debe servirle para trabajar y hacer la riqueza colectiva, y no para usarlo como arma ofensiva contra los demás. ¡Su teoría es maravillosa!

En otras épocas, hace un siglo, varios grupos de mestizos llegaban a Quivilca con la promesa de riqueza y prosperidad gracias a las minas de tungsteno. La apacible capital de la ciudad, Colca, de pronto se convirtió en destino de forasteros y centro de nuevas transacciones comerciales.

La Mining Society, empresa estadounidense dueña de la mina, requería grandes cantidades de mineral ante el inminente ingreso de su país a la guerra. Los administradores, Mr. Taik y Mr. Weiss, al enterarse de que en los alrededores del campamento no existía mano de obra "viable" llevaron peones de otros poblados. Todo indicaba que el progreso por fin había llegado a esas tierras.

— ¿Se va usted a Quivilca?

—Sí. Mañana muy temprano.

— ¡Quién como los que se van! ¡A hacerse ricos en las minas!

Sin embargo, luego del arduo trabajo, las jornadas interminables y el mísero sueldo, los empleados se dieron cuenta de la realidad. La riqueza prometida era para los dueños, ellos solo podían recoger las migajas. Como resultado, los más débiles murieron y otros escaparon, quedando unos pocos para el trabajo.

La transnacional minera, con la ayuda de la oligarquía dominante (alcalde, prefecto y comitiva) de la época y uno que otro oportunista (como los hermanos Marino, contratistas exclusivos de la empresa), se encargaron de recluir a la indiada que huyó del trabajo e incumplió el contrato esclavizador. Para tal propósito, enviaron a los gendarmes del pueblo de Colca a captar conscriptos para los cuarteles y, de paso, traer a los desertores.

Llegaba la autoridad a los recónditos lugares una vez al año, para nada bueno o provechoso. Sin dar explicaciones, en una suerte de secuestro al paso, se llevaban a cuanto incauto podían. Era tal el desparpajo, que los arrastraban atados a sus caballos hasta la capital, todo un día de camino, sin comida ni agua. Por tanto maltrato, no era de extrañarse que uno de los raptados muriera. Lo que las autoridades no esperaban era la reacción del pueblo que, testigo de la escena, se hizo escuchar, sin poder imaginar que por tamaño atrevimiento se iniciaría una brutal barbarie.

—¿Por qué les pegan así? ¿Por qué?

—Porque quisieron escaparse. Porque nos atacaron a piedras de sus chozas... ¡Indios salvajes!

—¡Criminales! ¡No, no! ¡Mienten! ¡Asesinos!

¿Por qué los traen presos?

—¡Porque me da la gana!

—¡Qué conscriptos ni conscriptos! ¡Cuando después se los llevan a trabajar a las haciendas y a las minas y les sacan su platita y les quitan sus terrenitos y sus animalitos!

—¡Bueno, carajo! ¡Silencio! ¡O les meto bala!



Entonces, surge la pregunta, ¿cómo se podía exigir a los indígenas que defendieran a su patria cuando el Estado los excluía, humillaba y explotaba? ¿Qué sabían de patria, de gobierno, de orden público, seguridad y garantía nacionales? ¡Garantías nacionales! ¿Qué era eso? ¿Quiénes debían prestarlas y quiénes podían disfrutarlas?

Lo único que sabían los indígenas era que eran desgraciados. Y en cuanto a ser conscriptos, o «enrolados», no sabían sino que, de cuando en cuando solían pasar por las jaleas y las chozas los gendarmes, muy enojados, amarraban a los indios más jóvenes a la baticola de sus mulas y se los llevaban, pegándoles y arrastrándoles al trote.

La historia recreada por César Vallejo nos suena conocida. *El tungsteno*, novela publicada como parte de la colección europea "La novela proletaria" de 1931, habla de la intrusión del *imperialismo yanqui* a nuestro territorio y coincide con el ingreso del Partido Comunista a la escena política local en 1930. En pleno auge del indigenismo, este relato retrata la innegable y vergonzosa realidad: la marcada diferencia entre los indígenas y la

oligarquía, sus propósitos lucrativos y las ardimañas para conseguirlos, sumado al servilismo de las autoridades ante esta situación, en nombre del progreso.

Por ello, la "indiada", esa masa heredera del mismo pasado, entonces fue vista como la posibilidad de una articulación política mayor; junto con los obreros, serían los llamados a iniciar el nuevo orden social. El mensaje era claro: defender la fuerza del pueblo y la lucha contra la clase dirigente abusiva, que solo tendría éxito con la unión-organización del colectivo.

Un siglo después la situación descrita por Vallejo en la ficción, poco o nada ha cambiado en la realidad. Frases como "ciudadanos de segunda clase" dicha por el presidente de turno en referencia a los pobladores de Bagua, "en las alturas no hay mucho oxígeno y ello afecta el raciocinio de sus habitantes" contra los que no apoyan el TLC con Estados Unidos y, "llamas y alpacas no pueden votar" según un excongresista, contienen un trasfondo histórico que, ante la necesidad de ignorar a esa gran mayoría, pronto nos pasará factura.